

José Manuel Arango

Aquí por compensación florecen los poetas

Entrevista por Ana María Cano

Un ciudadano, un poeta, un observador dedicado, un poeta constante que reúne en torno a lo que escribe una huella de lectores reconocidos



José Manuel Arango tiene de simple y de claro, de necesario y de indescifrable, algo como el agua. En la Universidad Antioquia han visto como profesor de lógica matemática por más de 25 años. Poco se le ve rodeado por aquellos clanes que cultivan los poetas como seguidores. José Manuel Arango nació en 1937 en el Carmen de Viboral, donde transcurrió su niñez. Estudió filosofía en la Universidad Pedagógica de Colombia y es máster en filosofía en la Universidad de Virginia. En Medellín perteneció al grupo de poetas que fundaron y publicaron durante varios años la revista *Acuarimántima*. Su traducción de la poeta Emily Dickinson, que fue publicada por la Editorial Universidad de Antioquia resulta memorable, es el encuentro de dos poetas y dos lenguajes precisos, con

los que se revela un mundo interior intenso. Lo que resulta perceptible de inmediato para su lector es el poder que su lenguaje tiene: las palabras más simples, en sus manos, están en capacidad de tener nuevos significados. Su primer libro *Este lugar de la noche*, cita a Diógenes Laercio: “Tales dijo que la ausencia de las cosas es el agua y que todo está lleno de dioses.”

Una enciclopedia dice que la obra de José Manuel Arango revela con intensidad y concisión sorprendentes, esos “dioses” ocultos tras la apariencia ordinaria de las cosas, que su poesía es de raigambre simbolista y que trasciende la mirada simplificadora de la costumbre: *La noche, como un animal/ dejó su vaho en mi ventana/ por entre las agujas del frío/ miro los árboles / y en el empañado cristal/ con el índice, escribo/ esta efímera palabra*. Sus otros libros publicados son: *Signos*

en 1978, *Cántiga* en 1987. En 1991 fue traductor de Walt Whitman, Emily Dickinson y William Carlos Williams. También tradujo poemas de George Trakl. El reciente reconocimiento a su obra, además del Premio Nacional de Poesía de la Universidad de Antioquia 1988, han producido antologías y recopilaciones de su obra. Puede ser él uno de los poetas vivos más leídos en Colombia. Por su parte de José Manuel Arango dice escuetamente un diccionario (Diccionario de Escritores Antioqueños Luis María Sánchez) que: “sus poemas parecen cortados verticalmente con versos milimétricos pero decidores; su poesía carece de ritmo y tiene fallas de lenguaje”.

Esto le contestó a *La Hoja* en una entrevista que para hacer justicia a su carácter más escrito que verbal, se hizo así por escrito. José Manuel vive alejado de la ciudad, aunque semanalmente vuelve para atender los asuntos.

–Algo que se repite para usted mismo con frecuencia... un texto, una idea, una imagen...

–Versos, por supuesto. Versos que se quedaron en la memoria. Veo que los más jóvenes se repiten fragmentos de canciones. Los que pertenecemos todavía a la época de la imprenta nos repetimos versos. Tal vez la poesía va a cambiar, está cambiando. Así como la imprenta acabó con los trovadores, la radio y la televisión tal vez acaben con la poesía escrita para leer en privado. Puede que el poeta del futuro vaya a ser ese que con una palabra tan fea, llaman cantautor. Ya hoy mismo está ahí Serrat, por ejemplo. O Agustín Lara. Habría que aprender a tocar guitarra. Pero uno que es anacrónico sigue leyendo poesía escrita y repitiéndose versos como si fueran mantras.

–Algún juego que conserve aún en estos tiempos difíciles...

–No sé si sean los tiempos difíciles los que agotan el juego. Los niños siguen jugando. Los jóvenes no dejan de jugar sus juegos. Debe ser la vejez la que juega cada vez menos. Pero tal vez leer es un juego también. O conversar con los amigos, o escribir. Sobre todo escribir es un juego.

–¿La muerte es aquí una parábola de qué?

–¿...?

–¿Hay algo que haga florecer los poetas en Medellín?

–Uno estaría tentado a decir que la proliferación de poetas en Medellín se debe a la presencia de la muerte. Que hoy día Medellín es el centro, uno de los centros del mundo, o por lo menos el ojo del huracán por ser la capital de la violencia que estamos viviendo, y que por estar en el ojo del huracán tiene que ponerse a pensar la vida, etc. Pero todas esas tal vez no sean más que especulaciones. Lo que se puede comprobar es que en Antioquia hay una tradición de escritores y poetas que ya es consi-

derable. Aquí donde somos tan pragmáticos (todo eso del liderazgo antioqueño y tal), por alguna ley de compensación que todavía no ha sido descubierta, muchos se han dedicado a la poesía. Y es muy interesante y significativa la manera como los llamamos. Por el nombre o el seudónimo, como si fueran de la familia, como si fueran hermanos o tíos: Gregorio, Epifanio, Porfirio, León, Ciro, Rogelio, X (Equis).

–*¿Qué puede ser alimento para los humanos en una ciudad despiadada?*

–Pintar, escribir, hacer cine o música, bailar. Cuentan que en Beirut, en plena guerra, la gente se propuso seguir viviendo. Y hacían fiestas (matrimonios o nacimientos o cumpleaños, me imagino) y cuando sonaban las alarmas bajaban a los sótanos y una vez pasado el bombardeo volvían a encender las luces y seguían bailando.

–*Si estuviera en sus manos, ¿qué le devolvería a este lugar donde vivimos?*

–El río donde dizque se pescaban sabaletas. Los teatros demolidos o que cambiaron de empleo: el Junín, el María Victoria, el América, el Metro Avenida, etc. Esos que alcancé a conocer, aunque no pasé la niñez en Medellín. Y los de los barrios, que por lo que significaron para amigos míos como Orlando Mora o Elkin Restrepo, por ejemplo, veo la importancia que tuvieron. Lo que no querría volver a ver serían las viejas mansiones de La Playa que eran como ovejas rodeando el palacio arzobispal.

–*¿Qué ha cambiado mucho de cuando estaba en el colegio a ahora? ¿Afuera y adentro?*

–Ni la mujer ni el hombre son los mismos (sobre todo la mujer), ni la familia, ni la educación ni las relaciones de los padres con los hijos. Ni el lugar que ocupan los curas, ni el que ocupan los negros o los indios. Bueno, todo ha cambiado mucho. Claro que hay que tener en cuenta que yo estuve en el colegio hace más de medio siglo.

–*¿Qué hace falta hacer para dar cuenta de lo que hemos vivido aquí?*

–Mirar y tratar de ver, mirar y tratar de contar. Lo que vienen haciendo personas como Víctor Gaviria y Juan José Hoyos, como Helí Ramírez o Fredy Serna... Bueno, tantos que están haciendo poesía, novela, pintura, cine, etc.

–*¿Qué le enseña a un extranjero que quiera saber lo que somos?*

–Esa es una pregunta bien difícil. Sí, adónde llevaría uno a un extranjero que no fuera al Palacio de Exposiciones a un Festival de la Trova, o al Estadio a ver un clásico de Nacional y Medellín, o a la setenta a una cabalgata (la más larga del mundo) de la Feria de las Flores y a tomar aguardiente y oír un trío... Sí, es una pregunta filosa y da qué pensar. Los extranjeros generalmente quedan fascinados por

la luz y el clima, o por el verde y las montañas, o por la amabilidad de la gente que hace que se pregunten dónde están los que matan... pero qué se les puede mostrar... algunas plazas o plazuelas tal vez, algunos pueblos, algunos platos tradicionales. O el Jardín Botánico donde hay más de 230 especies de los árboles que tenemos. Será que somos poco más que naturaleza. Tal vez los llevaría a un mercado, un mercado de esos de antes de los supermercados, a La Minorista o el de la placita de Flórez o el de La América. Los llevaría a ver y oler las frutas, a ver y oler la sangre y la tripa en las carnicerías, a ver los cuartos de las reses colgados en ganchos. Y a un entierro en un barrio popular (la clase media adoptó ya el modo norteamericano de muerte), a un entierro para que vean las mujeres de luto llorando a gritos como plañideras, en fin, todos nuestros rituales de la muerte. O a un baile de sábado en un barrio, a alguna fiesta de esas donde se baila en la calle. O a la plaza de Belén a sentarse cerca de esos viejos que todavía tienen pinta de campesinos y a oírlos hablar. O a la plazuela de San Ignacio a ver la ceiba del ángulo suroriental que está que tapa los edificios que la rodean. O a cualquier calle. La Oriental o Carabobo. Un extranjero, pero sobre todo si es europeo o norteamericano, tiene que encontrar muy especial una calle así. El gentío, el movimiento, la diversidad de pintas y caras, de grados de mestizaje, la algarabía.

—Alguna calle memorable para usted...

—Por supuesto, Junín. El viejo Junín, antes del invento de los centros comerciales. El Junín de los gritos de los vendedores, de las charlas con los amigos después del trabajo, de las muchachas que parecían salidas de un libro de Fernando González. Y Cresencio Salcedo vendiendo flautas descalzo y de sombrero de caña, tocando La Múcura en la esquina con La Playa. Si estuviera en mis manos le devolvería a Medellín esa calle.

—Un tema que lo ronde en esta época.

—Inevitablemente, nuestra identidad (o nuestra falta de identidad). Qué país es este, qué nos pasa, por qué toda esta violencia. O para decirlo con aquella frase de Gruocho Marx: *Quiénes somos, para dónde vamos, y de dónde venimos que tenemos los pantalones tan arrugados.*

Junio de 2000